

Cien años del descubrimiento de la tumba de Tutankamón

Carlos Arturo Fernández Uribe

Cuando, en la mañana del 4 de noviembre de 1922, el arqueólogo inglés Howard Carter llegó al lugar donde apenas dos días antes había decidido iniciar sus excavaciones en el Valle de los Reyes, encontró un extraño silencio que le hizo comprender de inmediato que algo fuera de lo común había sucedido.

6 Pero antes de llegar a ese momento, se había recorrido un largo camino. Entre 1902 y 1914, el americano Theodore Davis había mantenido una concesión de exclusividad para excavar en el Valle de los Reyes, la necrópolis que reúne las tumbas de los faraones egipcios del Imperio Nuevo, comprendido aproximadamente entre los años 1500 y 1070 a. C. El lugar está en la ribera occidental del Nilo, en el centro de Egipto, cerca de la actual Luxor, donde se encontraba Tebas, la gran capital del Egipto faraónico. Después de numerosos descubrimientos, pero sin haber logrado encontrar ninguna tumba intacta, Davis renunció a la concesión, convencido de que el Valle estaba agotado y que no había nada más que pudiera encontrarse.

Los derechos para excavar fueron adquiridos, entonces, por George Herbert, quinto conde de Carnarvon. (Una curiosidad: la residencia campestre de los Herbert, condes de Carnarvon, es el Castillo de Highclere, muy popular actualmente porque es el escenario de la serie *Downton Abbey*, de la televisión inglesa). Lord Carnarvon contrató los servicios de Howard Carter para llevar

a cabo los trabajos que se iniciaron desde 1914. Pero los años pasaban sin que se produjera ningún hallazgo significativo, mientras que los costos aumentaban en medio de la difícil situación financiera posterior a la Primera Guerra Mundial.

Finalmente, en 1922 Carnarvon decidió dar por terminada la exploración. Por suerte, Carter logró convencerlo para que mantuviera la financiación por una última temporada que debía iniciarse a comienzos de noviembre. En contra de lo que afirmó Davis, Carter estaba seguro de que en el Valle de los Reyes todavía quedaban tumbas sin descubrir, quizá alguna intacta y tal vez, por qué no, la de Tutankamón, un faraón prácticamente desconocido, borrado de las listas reales oficiales y de quien no se encontraban en ninguna parte objetos que le hubieran pertenecido, lo que solo podía significar que aún estaban en su tumba o habían sido ocultados para protegerlos de los saqueadores de las necrópolis. Davis creyó haber encontrado en 1907 los restos de su tumba destruida, con unos pocos objetos que donó al Museo Metropolitano de Nueva York. Fue un momento importante porque comprobó la existencia de Tutankamón, pero, contra la opinión de Davis, Carter estaba convencido de que aquello no era el lugar de la sepultura sino un “pozo de embalsamamiento”, un lugar diferente y separado de la tumba donde se enterraban los materiales utilizados en el proceso de momificación y, a veces, los restos del banquete ritual celebrado tras el entierro del faraón; no era el sepulcro, pero,



TBedman@fundacionieae

según Carter, demostraba más allá de toda duda que la tumba de Tutankamón se encontraba en el Valle de los Reyes y que quizá algo de ella podría haberse salvado del saqueo de la necrópolis.

Lo que va a ocurrir luego fue publicado por Howard Carter en tres etapas, entre 1923 y 1933. Un relato que hoy sigue siendo apasionante, en el que se basan estas páginas.

Pero, regresemos al 4 de noviembre de 1922. Para su última temporada de excavación en el Valle de los Reyes, Carter decidió continuar donde había terminado en la temporada anterior, cerca de la tumba de Ramsés VI, un faraón de la XX dinastía, que vivió unos doscientos años después de la época de Tutankamón. Allí había descubierto en pasadas excavaciones los restos de una serie de cabañas sencillas, usadas seguramente por los trabajadores de esa tumba. En la tarde del día tres, después de documentar lo relativo a estas pequeñas construcciones,

ordenó a la cuadrilla de trabajadores retirarlas, lo mismo que el relleno de tierra movida que las sostenía. Y fue entonces cuando ocurrió lo extraordinario y casi inimaginable: bajo la primera cabaña derruida apareció un escalón tallado en la piedra, el primero de una escalera que terminaba en una puerta tapiada, de la cual se desenterró apenas la parte superior, con los sellos reales de la necrópolis. Era evidente que se trataba de la tumba de un personaje importante; la manera como se había bloqueado la entrada, lo mismo que el corredor lleno de escombros que pudo ver a través de un agujero que abrió en la puerta, le permitía suponer que se había protegido muy bien la tumba. Y el hecho de que estuviera oculta bajo los restos de las cabañas de la tumba de Ramsés VI, un faraón de la dinastía XX, le garantizaban que, al menos desde esa época, nadie había entrado allí. Sin embargo, los motivos de preocupación y luego la certeza de que los ladrones sí habían entrado a la tumba, regresarían muy pocos días después.

Pero no era prudente seguir adelante sin antes informar a Lord Carnarvon quien se encontraba en Inglaterra, lo que hizo después de volver a rellenar la escalera y borrar todo signo de la excavación para proteger el descubrimiento de los saqueadores furtivos. El 24 de noviembre, ya con la presencia de Carnarvon, se despejó completamente la escalera y se llegó hasta la puerta tapiada donde, una vez retirados los escombros, aparecieron los sellos de Tutankamón, aunque ello no comprobaba todavía que fuera su tumba. Por lo demás, había detalles que no permitían ser muy optimistas: se hizo evidente que los ladrones habían entrado a la tumba al menos en dos ocasiones; además, en el relleno apareció una mezcla de restos con nombres de muchos faraones anteriores; quizá no era más que un depósito de objetos y no una tumba o, tal vez, aquellos restos eran la prueba de que los ladrones habían destruido lo que no pudieron robarse...

Finalmente, el día 26 de noviembre, después de limpiar los escombros y objetos delicados del corredor, apareció una segunda puerta tapiada, también con sellos que indicaban que había sido ajustada cuando se descubrió la entrada de los saqueadores. Carter abrió un agujero en la parte alta y con una vela alumbró tenuemente el interior. “¿Puede ver algo?”, le preguntó Carnarvon. “Sí, cosas maravillosas”, fue lo único que pudo responder; “animales extraños, estatuas, oro, por todas partes el brillo del oro”, escribió luego el arqueólogo.

En efecto, había maravillas. Pero ni siquiera Carter podía imaginar hasta qué punto la realidad superaría cualquier imaginación en el que es, quizá, el más importante hallazgo arqueológico de la historia. Y tampoco hubiera imaginado que aquella que, supuestamente, era su última temporada en

el Valle de los Reyes, se extendería a lo largo de los siguientes ocho años, hasta finales de 1930, y ocuparía el resto de su vida. Para dejar volar la imaginación, puede recordarse que finalmente resultó que se trataba de la más pequeña de todas las tumbas del Valle, que acogía al faraón que, en su tiempo, fue quizá el menos importante de todos los que estaban enterrados allí.

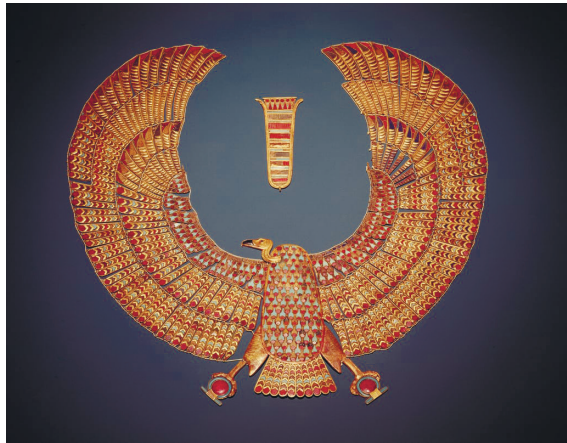
Gracias a la ayuda inmediata de muchas instituciones, Carter pudo consolidar un equipo que, además de los obreros de la excavación, contaba con fotógrafos, dibujantes, ingenieros, arquitectos, químicos y, claro, guardias de seguridad. Gracias a la fotografía y a cuidadosos dibujos de perspectivas se documentó la ubicación de cada uno de los elementos, trabajo nada sencillo por el desorden creado por los ladrones que entraron en dos oportunidades y por los funcionarios de la necrópolis que, tras esas incursiones, amontonaron los objetos de forma descuidada. Antes de mover cualquier cosa era necesario conocer su estado para definir cómo debía ser tratada; y moverla luego, sin que se produjeran daños, fue un verdadero reto, en espacios estrechos atiborrados de maravillas. Rigurosamente clasificados se trasladaban a un laboratorio creado en la tumba de Seti II donde se consolidaban y se hacían las restauraciones indispensables para su posterior traslado a El Cairo. Un ejemplo del cuidado con el que se manejó el proceso tiene que ver con piezas como sandalias o tejidos decorados con pequeñas cuentas o con florecitas de oro; es obvio que el hilo que las sostenía se había descompuesto y un movimiento imprudente habría hecho perder la decoración: era necesario volver a fijar cada detalle para que un objeto, que podía ser magnífico, no quedara convertido en un puñado de cuentas sin ningún sentido.

La apasionante descripción de Carter hace referencia solo a los objetos más destacados por su importancia en la tumba o por su calidad artística, pero el catálogo completo reúne unos 5.500 elementos entregados al Museo Egipcio.

A diferencia de lo que había ocurrido en décadas anteriores en excavaciones tan importantes como las realizadas en Troya y Micenas por Heinrich Schliemann o en el Palacio de Cnosos, en Creta, por Arthur Evans, lo que emprende Howard Carter es un riguroso proceso científico; a pesar del oro deslumbrante y de la belleza excepcional de muchos objetos, no se trata solo de un “tesoro” sino, sobre todo, de una enorme ventana que arroja nuevas luces sobre el antiguo Egipto, al ser la primera vez que se encuentra la tumba casi intacta de un faraón, lo que, en definitiva, va a cambiar muchos de los conceptos tradicionales.

El descubrimiento y exploración de la tumba, que fueron seguidos con entusiasmo por los medios de comunicación en la aldea global que comenzaba a formarse, desató una ola de “egiptomanía” en todo el mundo: un problema científico y cultural se convirtió, quizá por primera vez en la historia, en un fenómeno de masas que se reflejó ampliamente en la moda y en muchas de las realizaciones del Art Decó.

Bien podría decirse que la tumba de Tutankamón fue encontrada en el momento oportuno. Aunque, como es apenas natural, Carter pudo haber cometido errores en un proceso tan complejo, sobre todo si se mira desde el presente cuando la arqueología recurre a metodologías cada vez más sofisticadas, no cabe duda de que el manejo del hallazgo marcó un hito en este campo. Y tampoco es despreciable el hecho de que,



Collar en forma de diosa buitre Nekhbet, de la tumba de Tutankamón. Museo de El Cairo, Egipto. Fuente: Archivo de Historia Universal/ UIG/ Imágenes de Bridgeman.

por fortuna, habían cambiado los acuerdos sobre la propiedad de los objetos encontrados por arqueólogos extranjeros y, a diferencia de la piedra de Rosetta o del busto de Nefertiti, el tesoro del joven rey pertenece a Egipto y ha permanecido siempre allí, con unos 1.800 objetos expuestos en el viejo Museo Egipcio de El Cairo; son muchos, pero, en realidad, lo conocido es menos de la tercera parte de lo encontrado.

Entre las mayores expectativas que genera la próxima apertura del nuevo Gran Museo Egipcio, cerca de las Pirámides, está el anuncio de que será expuesta la totalidad del tesoro de Tutankamón: una posibilidad excepcional para conocer mucho más acerca del Egipto de los faraones.

Bibliografía

Carter, H. (2002). *La tumba de Tutankamón*, Destino.

Carlos Arturo Fernández Uribe. Profesor de la Facultad de Artes, hace parte del Grupo de Teoría, Práctica en Historia del Arte en Colombia.